

El Códice Rosetta

Richard Paul Russo

Traducción:

Alicia Moreno Delgado

Marta García Martínez



para Candace

Agradecimientos

Una vez más le doy las gracias a mi mujer, Candace, por todas sus contribuciones a este libro. Leyó el manuscrito entero varias veces y realizó innumerables sugerencias y correcciones, mejorándolo así de una forma notable.

También me gustaría expresar mi más profundo agradecimiento a las cuatro personas con las que he trabajado durante los últimos diez años: David Ballew, Mike McCarthy, Ken Pedersen y Russ Reid. Además de ser unos jefes estupendos (generosos, respetuosos y siempre elogiosos), me han apoyado de una forma increíble en mi carrera literaria, me han proporcionado toda la flexibilidad que podría pedir y a lo largo de los años no han dejado nunca de alentarme. Gracias.

Prólogo

Disimulado como un carguero estelar libre, el *Príncipe exiliado* entró en el sistema Costamara y se dirigió al Mundo de Conrad, el único planeta habitable del sistema. Como cualquier otro carguero, se acercaba con las bodegas llenas y contratos mercantiles oficiales, pero también disponía de armamento y defensas que ningún carguero tenía permiso para llevar, y pasajeros que normalmente nunca viajarían en una nave así.

Cuando estaban a dos días del Mundo de Conrad, el *Príncipe exiliado* transmitió su manifiesto, legítimo y correcto aunque no completo, junto con números de registro y certificados codificados del Colectivo de Comerciantes Independientes. La estación orbital de atraque les devolvió una autorización preliminar.

Cuando estaban a un día, el capitán Jan Olveg mantuvo dos largas conversaciones con el jefe de la estación. Tras la segunda, este transmitió los códigos finales de autorización para atracar y descargar el *Príncipe exiliado*.

Cuando estaban a cuatro horas de la estación, tres naves de combate aparecieron en posición de batalla desde la sombra de Ambrose, la mayor luna de Conrad, y atacaron al *Príncipe exiliado*.

Aunque todavía se encontraban en gravedad cero, Sidonie y Cale estaban sujetos en sus asientos de aceleración. La mano extendida de la mujer descansaba en el brazo de Cale, que con solo cinco años no entendía lo que estaba pasando y no entendía por qué

estaban sujetos, aunque se sentía seguro con Sidonie. Lo había cuidado desde que podía recordar; a veces la llamaba «madre» sin querer y, aunque ella lo corregía con amabilidad, siempre sonreía y no parecía molestarla. Ahora apretaba con suavidad su brazo y le sonreía. Pero no era su sonrisa habitual, así que él se preguntaba qué iba mal.

Los asientos se sacudieron con una explosión y Cale la miró con los ojos muy abiertos, pero permaneció en silencio.

—Todo va bien, Cale —dijo Sidonie en un susurro con voz tranquilizadora—. Estaremos bien.

La puerta de la habitación se abrió y el padre de Cale entró en la cabina, llevando con él el penetrante olor a plástico quemado y el sonido de distantes crujidos eléctricos.

—¡Papá! —gritó Cale—. ¿Qué está pasando?

Su padre era alto y fornido, y más de la mitad de su espeso cabello negro ya estaba canoso; un hombre apuesto de piel arrugada. Sus ropas eran de un rico color añil, sin adornos excepto por el blasón familiar rojo y carmesí justo sobre el corazón, un halcón encapuchado que sostenía un mundo en cada garra con el fondo estrellado.

—Alguien está atacando la nave —dijo.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Se volvió hacia Sidonie y dijo—: Lleva a Cale a la *Kestrel*. Aquí corre demasiado peligro. —Ella asintió e inmediatamente empezó a desatar sus correas—. Haré que el capitán Olveg lance señuelos —murmuró, más para sí mismo que para ella—. Haré que intente cualquier cosa que se me ocurra.

Sidonie se situó junto a Cale, le quitó las correas y lo ayudó a levantarse del asiento.

—Solo hay una ciudad de verdad en el Mundo de Conrad —dijo el padre de Cale—: Lucero del Alba. La *Kestrel* está programada con rutas de vuelo, maniobras evasivas y códigos de acceso. Si le pasa algo a la programación y tienes que pilotar la *Kestrel* manualmente, dirígete allí. No aterrices en ninguna otra parte del Mundo de Conrad. El espacio aéreo sobre Lucero

del Alba está restringido y protegido con agresividad. — Escribió algo en una pizarra de bolsillo y se la entregó a la mujer—. Transmite verbalmente estos códigos de acceso de emergencia si es necesario.

Cale intentó avanzar y se tambaleó en el aire, sacudiendo las extremidades hasta que Sidonie lo cogió y lo estabilizó; todavía no estaba acostumbrado a la gravedad cero.

—¿Tú no vienes con nosotros, papá?

Su padre negó con la cabeza.

—Más tarde —le dijo a su hijo—. Tengo que quedarme con la nave y ayudar. —Miró a Cale a los grandes y profundos ojos verdes y puso sus brazos alrededor del niño, atrayéndolo hacia sí—. Os seguiré tan pronto como pueda —dijo—. Ve con Sidonie, ¿vale? —Cale asintió, y su padre volvió a mirar a Sidonie—. Cuando lleguéis a Lucero del Alba, busca a Adanka Suttree. Recuerda ese nombre. Es importante.

—Adanka Suttree.

—Es mi hermano. Ese es el nombre que usa allí. Encuéntralo y quedaos con él. Os protegerá. Si yo... —Se detuvo, soltó a Cale y se puso firme—. Cuando esto pase, iré a por ti y a por Cale. Si no llego pronto, Adanka sabrá qué hacer. Diga lo que diga, trata sus palabras como si fueran mías.

Sidonie asintió y cogió a Cale de la mano. El padre de Cale lo miró una vez más.

—Cale, debes recordar algo. Es muy importante. —El niño asintió, arrugando el ceño—. No le digas a nadie el nombre de tu familia. Nunca menciones el nombre «Alexandros» hasta que yo te vea de nuevo. Si alguien te pregunta tu apellido, di que no lo sabes. Ahora es peligroso. ¿Lo entiendes, Cale?

—Sí, papá. —Hizo una pausa y añadió—: Mi nombre es Cale. Solo Cale.

—Bien. Ahora idos, rápido.

—Adiós, papá.

—Adiós, Cale. Te veré pronto, te lo prometo. —Luego, con voz vacilante se dirigió a Sidonie—: Cuida de él.

—Lo haré.

La mujer apretó la mano de Cale y lo sacó al pasillo. El muchacho miró atrás, al tenso y duro rostro de su padre, temiendo no verlo nunca más.

Ráfagas de viento y turbulencias zarandearon a la *Kestrel*; el alarreactor ascendía y descendía, sin dejar de sacudirse de un lado a otro. No podían ver mucho más que gris oscuro. Densas nubes de tormenta los engulleron. Sidonie se volvió hacia Cale.

—No tengas miedo —dijo.

Cale negó con la cabeza, mirándola con gran seguridad.

—No lo tengo.

Pero Sidonie sí parecía tener miedo. Se giró de nuevo hacia los controles, ahora casi inútiles, tiró de la palanca y la movió, presionó paneles luminosos con los dedos. Las nubes oscuras seguían pasando a toda velocidad junto a ellos, y dijo tranquila pero con voz tensa:

—Estamos cayendo demasiado rápido.

A su derecha se abrió un claro en las nubes. Cale giró el cuello y avistó las torres de altos edificios en la distancia detrás de ellos: una gran ciudad con reflejos de metal y cristal como llamas al sol naciente. Lejos, muy lejos, y más a cada segundo que pasaba. Pensó que estaban intentando llegar a esa ciudad y a todos aquellos brillantes edificios. Pensó que su padre iba a llegar pronto. Pero su madre no, ella estaba en su casa y no la había visto hacía mucho, y no sabía cuándo lo haría. Las nubes los envolvieron de nuevo y continuaron precipitándose más lejos de la ciudad.

De pronto estaban debajo de las nubes, y apareció la tierra bajo ellos. Las montañas se desplegaron infinitas en todas las direcciones, cortadas por llanuras y valles, grandes extensiones de bosques verde azulados; un río culebreaba a lo largo de un cañón sombrío e irregular y luego se ensanchaba y serpenteaba a través de lisas praderas doradas. Mucho más adelante y a la izquierda, se extendía un vasto lago azul oscuro como una nebulosa de gas gigante. Todo eso se acercaba a ellos demasiado deprisa.

Sidonie luchaba con los controles, siseando palabras que Cale no podía entender. El alarreactor pasó sobre un pico de roca negra y continuó cayendo. No había sitio donde aterrizar. Pasaron otro pico, esta vez mucho más cerca, y una meseta lisa y desierta surgió bajo ellos, surcada de barrancos y salpicada de arbustos secos y ahusados. Empinadas laderas rocosas se elevaban a un lado, y la meseta caía en precipicio por los demás. Sidonie luchaba con los controles, pero la *Kestrel* caía hacia la tierra.

—Voy a intentar aterrizar aquí —le dijo a Cale.

Se giró y comprobó una vez más que el niño estaba bien sujeto tirando de los cierres del arnés.

—Agárrate bien —dijo, y luego volvió su atención a los controles. Arena y roca en estriados rojos y amarillos se elevaron para recibirlos, piadosamente lisas. Pocos segundos antes del impacto, el suelo se abrió y se convirtió en un barranco estrecho y serrado. La *Kestrel* se sacudió violentamente dos veces y luego cayó en él. Sidonie maldijo y tiró de los controles. El estómago de Cale dio un vuelco cuando una fuerte corriente descendente impulsó el alarreactor hacia la tierra y fueron lanzados hacia delante contra sus arneses, mientras la *Kestrel* recorría a toda velocidad el fondo del barranco. Cale gritaba, el metal chirriaba, los objetos se golpeaban y se partían, las correas se le clavaban en la piel, algo le cortó la respiración y su visión se volvió plateada. La silla del piloto se soltó y pasó a su lado tambaleándose. Sidonie gritaba y arañó el rostro de Cale cuando este intentó atraparla de algún modo. Todo se detuvo de golpe y el color plateado se volvió negro. Se desmayó.

Llegaron por la desigual pendiente, desmenuzando roca y maleza con las botas al arrastrar los pies. Eran siete, cinco hombres con barba y dos mujeres, y el cielo encima de ellos era de un brillante azul pálido con florecientes nubes blancas. El cálido sol dorado caía a plomo y tostaba la tierra bajo sus pies.

El jefe vio los restos, tropezó y dio el alto levantando una mano. Había metal carbonizado y humeante esparcido por el

barranco, y la mayor sección estaba incrustada entre una roca agrietada y un árbol arrancado. Se abrió camino con cuidado por la inestable ladera y los demás lo siguieron.

Cale los observó aproximarse, en pie y tembloroso, con náuseas y aturdido en medio de cristal y metal destrozados y tierra removida, sin recordar cómo había salido de su asiento. La sangre manaba de dos heridas profundas de su frente, y parpadeó ante los hombres y mujeres. Abrió la boca, pero la cerró de nuevo sin emitir ni un sonido. Sidonie se encontraba solo medio consciente detrás de él. Estaba cubierta de sangre mezclada con viscosos fluidos negros. Gemía, y sus párpados aleteaban como un insecto moribundo.

Los hombres lo sacaron con cuidado de entre los restos, liberándolo de una red de tiras de tejido azul que colgaban de su piel y sus ropas, y lo dejaron al cuidado de las dos mujeres. Luego cortaron las tiras de tela de Sidonie y la arrastraron sin miramientos por el metal serrado, ignorando sus gritos al producirle nuevas heridas en el costado y las piernas. La dejaron en el suelo, junto a los restos de la nave.

Se produjo una discusión sobre lo que hacer con dichos restos. Cale escuchaba atentamente, como si aquella decisión fuera importante. Uno de los hombres sugirió atar cuerdas a la sección principal de la nave y arrastrarla de vuelta a la aldea. Los demás lo miraron, escupieron y se rieron. Otro sugirió quemarlo todo. El líder decidió al fin que irían y volverían las semanas siguientes, pasando por allí en sus recorridos en busca de botín, y se llevarían poco a poco lo que resultara útil a la aldea.

Mientras Cale observaba desde en medio de las dos mujeres, que lo mantenían en su lugar, los hombres se reunieron alrededor de Sidonie. La arrastraron por el estrecho barranco hasta que llegaron a una parte más plana de tierra salpicada de hierba. Durante un minuto permanecieron sobre ella sin decir palabra, mirando su figura inmóvil. Luego le quitaron la ropa y la tiraron al suelo como si nunca fuera a volver a necesitarla.

Entonces los hombres montaron sobre Sidonie. Se agachaban y se retorcían contra ella, uno detrás de otro. Una de las

mujeres clavó los dedos aún más en el hombro de Cale, echándolo atrás. Al principio, los gritos semiconscientes de Sidonie se intensificaron y sus manos y brazos se agitaron débilmente, sin lograr nada. Pero poco después dejó de moverse y al momento un último jadeo apagado salió sin fuerzas de entre sus labios. Luego, los únicos sonidos fueron los gruñidos y toses producidos por los hombres.

Cuando terminaron y el último se abrochó el cinturón, el líder, que había sido el primero, dio a Sidonie una patada en la cabeza. Encontró una gran piedra plana cerca, y con la ayuda de dos de los otros la cogió y la llevó hasta Sidonie. La sostuvieron sobre ella y Cale gritó, un sonido horrible y sin palabras. Los hombres lo miraron y dejaron caer despreocupadamente la piedra sobre la cara de la mujer.

Los cinco hombres se volvieron y, sin mirar el cuerpo de Sidonie, fueron hasta Cale y las mujeres. El áspero grito del chico había cesado, pero su boca seguía abierta. Estaba paralizado, era incapaz de mover los pies. El jefe de los hombres le dio una bofetada y espetó algo. Los hombres treparon por el barranco y las mujeres los siguieron, arrastrando a Cale entre ellas.

Libro I

Llegaron de noche por el agua. No había luna, pero el cielo estaba frío y claro y las estrellas eran brillantes astillas de hielo resplandeciente. Los extraños llegaron en cuatro barcas, seis en cada una, y remaban tan silenciosos como podían. Los remos se hundían suavemente en la fría agua negra, entraban con fuerza cuanto era posible y luego salían con cuidado y avanzaban. El agua goteaba invisible y casi sin hacer ruido desde las anchas palas planas.

Temblando, el chico observaba desde su refugio en las rocas. Quería avisarles, pero tenía miedo de lo que Petros y los demás le harían. Lo habían golpeado habitualmente durante aquellos años, decían que porque no tenía padre que lo hiciera ni madre que lo regañara o le diera un bofetón. Trabajaba duro para ellos, hacía lo que le mandaban, pero nunca parecía ser suficiente.

Las barcas se dirigían a la corta y estrecha playa arenosa. El chico estaba agachado en una lengua de tierra que se adentraba en el lago, un montón de rocas, tablas y hierba marchita. Las embarcaciones tendrían que pasar por allí al acercarse a la playa. Podía oír el crujido de la madera, el leve chapoteo del agua, y podía ver fragmentos de luz de las estrellas reflejada en el metal y los ojos brillantes.

El chico era alto para su edad (trece o catorce años, nadie lo sabía con seguridad), y resultaba larguirucho. Se agachó aún más detrás de una gran piedra. La primera barca pasó deslizándose a su lado, tan cerca que habría podido saltar dentro. Contó los ocupantes, dos remando y mirando hacia atrás y cuatro mirando fijamente hacia delante, y buscó armas, pero el fondo de la barca

estaba demasiado oscuro. No importaba. No sería suficiente para lo que se iban a encontrar.

La segunda y la tercera barca pasaron, luego la cuarta. Muy silenciosas. Diminutos chapoteos y reflejos en la negrura del agua. Su sigilo era inútil.

La primera barca se fue deteniendo al acercarse a la playa y los remeros recogieron las palas cuando la madera tocó grava y arena. Momentos después, la playa se iluminó con llamas repentinas.

Petros y los demás habían encendido una línea de hogueras justo detrás del borde del agua, con maderas cubiertas de aceites y resinas. Las llamas rojas y naranjas rugieron, crujieron y chisporrotearon en el cielo nocturno como una gran bestia maligna. Incapaces de parar a tiempo, la segunda y la tercera barca atracaron en la playa junto a la primera, mientras una descarga de flechas incendiarias disparadas entre las hogueras cruzaba la arena abierta y caía en medio de los atacantes. Algunas de las flechas fallaron su objetivo por completo o se desviaron y cayeron en el agua con un fuerte siseo, pero otras se clavaron profundamente en la madera o cayeron con estrépito, todavía encendidas, dentro de las barcas.

Una flecha se hundió en la espalda de un remero. Se sacudió hacia delante asombrado y estupefacto, luego hacia atrás con un bronco grito. El asta de la flecha se clavó en la barca, mientras que la punta se enterraba en él hasta que el astil se rompió al caer de lado y perderse de vista.

El chico permaneció sin moverse en el mismo lugar, acurrucado en una manta áspera, observando, escuchando los gritos que desgarraban la noche. Más flechas volaron, ahora acompañadas de gritos y lanzas en llamas y tarros de cristal con aceite ardiendo que se rompían al impactar y esparcían finas capas de llamas azules y naranjas que se tragaban las barcas.

La cuarta embarcación había conseguido detenerse justo antes de llegar a tierra y ahora se movía lentamente hacia atrás. Los remeros frenéticos cambiaban de dirección con torpeza, empujando los remos en lugar de tirar de ellos, luchando contra la resistencia que oponía la lisa popa. *Marchaos*, pensó el chico. ¡*Marchaos!*

Los ocupantes de las primeras barcas gatearon buscando sus armas, garrotes y espadas, largos bastones y boleadoras, tropezando entre ellos, desequilibrados, aterrados y confundidos. Con saltos y aullidos, Petros y los otros hombres salieron corriendo por los huecos entre las hogueras y atacaron con lanzas, cuchillos y garrotes. Las hojas se hundieron profundamente en la carne. La madera llena de nudos cruzó el aire y aplastó huesos. La playa se convirtió en un infierno de humo, gritos, llamas y sangre, el olor acre de carne quemada y los gritos de victoria. Elevándose sobre todo, hilos de brasas encendidas se elevaban hacia el cielo como los enjambres moribundos de luciérnagas en las últimas noches de verano. Asqueado, el chico se dio la vuelta.

Pero vio que la última barca todavía podía escapar. Tenía un pequeño fuego, pero lo apagaron rápidamente. Cuando estaban a bastante distancia de la playa, los remeros, que ya habían recobrado la compostura y se habían sincronizado, enterraron los remos a un lado, dándole la vuelta a la embarcación, y luego comenzaron a tirar desesperados de las palas. Algunas flechas ardientes más se dirigieron hacia ellos, pero solo una hizo contacto y rebotó inofensiva contra el costado de la barca para después caer al agua.

La decisión del chico fue casi inconsciente. Cuando la embarcación se acercó a la lengua de tierra, se levantó, se desembarazó de la manta, se encaramó a la roca y se zambulló en el lago. El frío lo aturdió por un instante y se deslizó hacia abajo como una estatua que se hunde lentamente. Abrió los ojos, pero era como si estuviera ciego. Durante un largo momento no hizo nada, casi aceptando que el fondo del lago fuera su destino final. No tenía voluntad, ni deseo, ni sentimiento de pérdida. Luego volvió una chispa de vida y se recuperó. Tiró con los brazos y pateó con las piernas, y nadó torpemente hacia la superficie.

Tenia las botas llenas de agua. Se las quitó una después de otra. Al fin empezó a elevarse a través del frío y la oscuridad. Le dolía el pecho, y un extraño brillo plateado nublabla su visión. Era como si tuviera muertos e inútiles los brazos y las piernas, pero consiguió moverse hacia arriba hasta que al fin llegó a la superficie.

Escupió agua al respirar, lo que le hizo toser. Por un momento no pudo ver la barca, y temió que ya hubiera pasado. Luego escuchó un chapoteo, volvió la cabeza y la vio a menos de cinco metros, pero ahora se movía rápido. Nadó hacia un punto delante de ella, y en diez golpes estuvo a su alcance.

El chico pataleó con fuerza, elevándose un poco por encima del agua, y agarró el borde de la barca con una mano. La inercia de la embarcación continuó, arrastrándolo por el agua, tirando de su brazo y su hombro. Se impulsó hacia arriba lo suficiente como para agarrarse con el otro brazo y gritó:

—¡Ayuda!

La ayuda que recibió fue un golpe de remo en las manos y luego en la cabeza. Luchó contra su instinto por no soltarse. Se le nubló la visión.

—¡Ayuda! —gritó otra vez.

El remo lo sacudió con fuerza la mano izquierda y se soltó, pero se mantuvo con la derecha. La cara golpeó contra la húmeda madera oscura, los dedos de la mano izquierda intentaron asirse a cualquier cosa.

—¡Esperad! —susurró una voz enérgica desde dentro de la barca—. ¡Solo es un niño!

El niño no podía ver nada más que oscuridad; giró la cabeza e intentó mirar por encima de él. Vio algo como sombras que se movían.

—No me importa lo que sea. —Era una voz profunda y asustada de hombre—. Es uno de ellos y están masacrándonos allí.

Vosotros los habríais masacrado a ellos primero si hubierais tenido la oportunidad, pensó el chico.

—No —dijo con voz ahogada—, no soy uno de ellos.

La barca había disminuido su velocidad y ahora casi no avanzaba; se balanceaba ligeramente con el movimiento de la gente y el agua.

—Recogedlo o aplastadle el cráneo —dijo una tercera voz—. No me importa. Pero lo que sea, hacedlo rápido. Tenemos que alejarnos de aquí.

—Por favor —gritó el chico con desesperación—. Llevadme con vosotros.

—Solo es un niño —repitió la primera voz.

No sabía qué iba a pasar. Tenía los dedos entumecidos y empezó a resbalarse.

Entonces el chico sintió que una gran mano le agarraba el antebrazo y tiraba de él hacia arriba, sacándolo del agua. La barca se escoró al ser arrastrado dentro. Gateó el resto del camino hasta el interior de la embarcación y se desparramó boca arriba en el fondo, con la respiración entrecortada. El brillo frío de las estrellas del cielo y el rostro de una mujer lo miraron desde arriba. Empezó a temblar violentamente. Los remos crujieron y se hundieron en el agua, empujando, y la barca fue tomando velocidad poco a poco.

Durante un buen rato nadie habló. Los sonidos de la matanza se disiparon hasta que no escuchó nada más que ásperos gruñidos, maldiciones, murmullos, el chapoteo regular del agua. Aun en el fondo de la barca, incapaz de moverse, sintió que estaban a salvo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la mujer.

Su mente intentó trabajar a través del frío y los temblores. Petros y los demás le habían dado un nombre y le habían llamado otras cosas. Pero siempre había conservado su propio nombre en lo más profundo de su corazón. Ahora lo tenía allí para usarlo de nuevo, y lo sacó a la luz.

—Cale.

La mujer asintió.

—Es un buen nombre. —Le echó una manta por encima, y lo arrojó con ella—. Un nombre fuerte.

Él no se sentía fuerte. Se sentía muy débil. Pero estaba huyendo, y volvía a tener su nombre. Las estrellas parecían incluso más brillantes ahora, relucientes en el cielo negro. Los ojos de la noche, le había dicho alguien una vez. Cale cerró los suyos y pronto estuvo soñando.

Había estado lloviendo durante días y los caminos de la aldea estaban llenos de barro rojizo. Cale se sentó junto a la ventana de su habitación contemplando el chaparrón a la luz de la tarde gris. El barro y el agua corrían y giraban por surcos y sumideros, sobre guijarros y grava, fluyendo hacia el extremo más bajo de la aldea. Estaba agradecido por el descanso del trabajo que le brindaban las tormentas. Habían pasado casi tres años desde la noche en que se tiró al agua y convenció a los atacantes en fuga de que lo llevaran con ellos, y seis meses desde que había llegado a aquella aldea. Ya no tenía que soportar los golpes y abusos que Petros y los demás le habían infligido, pero los aldeanos le hacían trabajar duro, y hasta que había llegado la lluvia se había encontrado siempre exhausto. Desmontando, lijando y pintando cascos de embarcaciones; limpiando centenares de crustáceos y mariscos; cavando pozos para hacer letrinas nuevas; arrastrando piedras desde el cauce seco del río, a una hora de distancia, y luego construyendo caminos con ellas. Ampollas, cortes y arañazos; músculos cansados, espalda dolorida y ojos escocidos.

Miró al otro lado del camino a varias chozas de distancia, esperando vislumbrar a Aglaia. Una pálida luz amarilla de vela parpadeó en la ventana de su habitación, luego se estabilizó. Unas sombras se movieron y una figura oscura llenó la ventana por un momento. Luego ella sacó la cabeza a la lluvia y lo miró. Antes, él habría entrado, pero ahora no se movió y se miraron abiertamente. Ella era mayor que él, pero eso ya no lo intimidaba. Su cabello era largo y oscuro, casi negro; sus ojos eran grandes, y tan oscuros como su cabello. Cale pensaba que era preciosa. Aunque se

habían estado observando durante semanas, intercambiando miradas furtivas o, más raramente, largas miradas evaluadoras como aquella, nunca habían hablado. Los aldeanos lo mantenían apartado de las niñas mayores y las mujeres jóvenes.

Un sonido atravesó la lluvia, una especie de aspiración y chapoteo. Cale se volvió para ver a un hombre montado sobre una enorme criatura de cuatro patas, recorriendo con paso seguro el embarrado camino hacia el centro de la aldea. El hombre iba bien afeitado y llevaba un sombrero de ala ancha y un largo y brillante abrigo negro que repelía la lluvia con tal intensidad que esta parecía saltar para alejarse de él. Varias abultadas alforjas de piel colgaban del animal, tanto por detrás como por delante de la silla de montar. Con paso firme a pesar del suelo resbaladizo y desigual, la gran bestia marchaba con la cabeza alta, como si estuviera orgullosa de sí misma y de su jinete. Al pasar a su lado, este se volvió y miró a Cale. Levantó el sombrero a modo de saludo, revelando una gran cabeza rapada y brillante, y entonces continuó su camino.

Aglaia ya no estaba a la vista, la vela se había apagado y la ventana estaba oscura y vacía. Hombre y bestia prosiguieron tranquilamente por la aldea y se detuvieron justo antes de llegar a sus últimas construcciones. El hombre miró a la izquierda, hizo girar al animal y desaparecieron entre dos cabañas. Cale permaneció mucho tiempo junto a la ventana, pero el jinete no volvió a aparecer.

Las tormentas los castigaron durante tres días sin parar. Nadie mencionó al hombre hasta que Cale preguntó. Marta, la mujer que le proporcionaba cobijo y comida, solo dijo que el hombre se llamaba Blackburn y que se quedaba con Dextram, el jefe de la aldea. El hermano de Marta, un hombre amargado y enfermizo llamado Walker, cuyo pelo se caía periódicamente a puñados del cuero cabelludo, le frunció el ceño y dijo:

—Ni una puñetera palabra más.

Al cuarto día de la llegada del hombre, la lluvia remitió y volvió a haber el trabajo habitual. Cale pasó la mañana a la orilla

del lago, limpiando, seleccionando y clasificando conchas cor-
tantes bajo una ligera llovizna. Leves vibraciones en el suelo bajo
él. Golpes regulares. Cale alzó la mirada y vio al hombre
acercándose en lo alto de la gran bestia de monta. Aún llevaba el
sombrero de ala ancha y el abrigo negro que le llegaba a los
tobillos. Las enormes pezuñas como zapatos metálicos del ani-
mal levantaban barro a cada paso, y agitaba la cabeza moviendo
las riendas que Blackburn llevaba flojas en la mano.

Soltó un estribo extensible con el pie y desmontó; parecía
pequeño al lado del animal, su sombrero solo llegaba a mitad del
cuello de la bestia. Enganchó las riendas alrededor de la rama de
un tronco quemado y muerto, y se acercó. Cale se balanceó hacia
atrás en cuclillas, con las manos ensangrentadas sobre las rodi-
llas, y elevó la mirada hacia el hombre.

—Un trabajo duro —dijo el extraño.

Cale se encogió de hombros y se pasó el dorso de la mano por
la nariz. Ahora que el hombre estaba en pie y lejos del enorme
animal, Cale pudo ver que era alto, aunque su constitución
quedaba oculta por los pliegues del abrigo. Tenía la piel curtida.
El hombre se sentó en el tocón de un árbol. El agua goteaba desde
el ala de su sombrero. Cale creyó oler humo de tabaco.

—Tú no estabas aquí la última vez que vine —dijo el hom-
bre—. Me han dicho que llevas en el pueblo menos de medio año.
—Como Cale no respondía, el hombre dijo—: Me han dicho que
te llamas Cale.

—¿Y cómo te llamas tú? —Aunque ya lo sabía.

—Blackburn. ¿Tu nombre es Cale?

Cale vaciló y luego asintió de mala gana.

—¿Y tu apellido? —preguntó Blackburn.

Cale negó con la cabeza.

—¿No lo recuerdas o no tienes? —*¿O no piensas decírmelo?*,
fue la pregunta no pronunciada pero sobreentendida por los dos.

—No lo sé —dijo Cale. La llovizna había limpiado la mayoría de
la sangre, pero aún le escocían los finos cortes de sus palmas y
dedos. Walker, el hermano de Marta, estaba en pie en lo alto de una
duna baja cerca de la orilla, con el pelo mojado revuelto por el aire.

Miraba a Cale con el ceño fruncido, como siempre—. Tengo que volver al trabajo.

Blackburn se volvió y miró a Walker.

—No pasa nada. Nadie protestará si hablas conmigo.

—Quizá mientras esté aquí.

—No, incluso cuando me vaya. Porque saben que regresaré.

—Volvió su atención a Cale—. Tengo entendido que tu gente vive al otro lado del lago. Que los dejaste hace unos años.

—No era mi gente.

—¿No?

—No. —Cale se detuvo, pero Blackburn lo miraba fijamente, esperando escuchar una explicación. Había algo en el hombre, en la forma en que escuchaba y miraba, que provocaba en Cale el deseo de contarle cualquier cosa que quisiera saber. Luchó contra aquel impulso, decidido a revelar tan poco como fuera posible.

—Me encontraron —dijo Cale—. Cuando era joven.

Blackburn sonrió.

—Ahora eres joven.

—Muy joven —respondió Cale.

—¿Dónde te encontraron?

Cale se encogió de hombros.

—Perdido. Arriba, en la Meseta de Cristal.

—¿Qué hacías arriba, en la Meseta de Cristal?

—No lo sé. No me acuerdo. Estaba herido. —Estuvo a punto de decir que había sido un accidente de algún tipo, pero consiguió refrenarse.

Blackburn lo miró la frente.

—Había visto las cicatrices. Imaginé que eran más recientes.

—Solo tengo cicatrices recientes en la espalda —dijo Cale sin pensar.

—¿Te pegan? —preguntó Blackburn—. ¿Te azotan?

—No, aquí no. —Deseó haber callado—. Donde estaba antes.

—Ah, por eso huiste. —Blackburn suspiró hondamente—. Puede que no te peguen, pero aquí tampoco te tratan mucho mejor.

Cale no respondió. ¿Qué podía decir?

—Eres poco más que un esclavo.

Cale comprendió vagamente la palabra, aunque no estaba seguro de por qué, o de dónde la había oído antes.

—Eso es todo lo que serás si te quedas —añadió Blackburn.

Probablemente eso fuera cierto, pensó Cale. Pero no veía que hubiera nada que pudiera hacer al respecto. Se inclinó hacia delante y cogió el saco de conchas que ya había limpiado, y luego sacó un puñado. Buscó entre ellas comprobando la forma y el tamaño, echando unas cuantas en la caja a su izquierda, las demás en la de su derecha.

Blackburn se levantó, sacudiendo el agua de su abrigo y su sombrero. Miró por encima del lago, hacia las grises nubes bajas por encima de ellos, y luego volvió junto al gran animal y desató las riendas. Condujo a la bestia unos pasos más cerca de Cale, que se incorporó al acercarse ambos. El animal se cernía sobre él y parecía crecer a cada zancada. Blackburn lo alejó unos pasos, pero incluso así Cale podía sentir el vapor del aliento del animal.

—No temas —dijo Blackburn—. No te hará daño. —Sonrió—. A no ser que yo se lo ordene. Entonces te haría pedazos. Podría pisotearte hasta la muerte y luego te abriría el cuello por placer.

—¿Se supone que eso debe tranquilizarme?

Blackburn emitió una risita.

—Es un animal estupendo. ¿Habías visto un carretero antes? Cale negó con la cabeza.

—¿Has visto alguna vez un caballo de la Tierra? Me refiero a un dibujo de uno.

Cale negó otra vez.

—Un carretero es mayor y tiene más genio, pero es como medio caballo. Usaron la secuencia genética de los caballos terrícolas y la mezclaron con la de un animal salvaje nativo de este mundo, y esto es el resultado. Una criatura magnífica. La mayoría de lo que ves aquí en el Mundo de Conrad son esas pequeñas criaturas esqueléticas que llaman ponis, pero en realidad solo son caballos cruzados con asnos. Experimentos fallidos, creo, pero mucho más numerosos. Los carreteros miden el doble y están mucho mejor adaptados a este planeta que los malditos ponis.

Cale sabía lo que eran los ponis: los mercaderes a menudo los montaban o los usaban para tirar de sus carretas, pero aparte de eso no tenía ni idea de lo que estaba hablando Blackburn. Este pasó con firmeza la mano por el cuello del carretero, tirando de su larga y áspera crin. El carretero bajó la cabeza y acarició con el hocico el rostro de Blackburn, formando vaho con su respiración. Cuando lo apartó, el hombre tenía la mejilla brillante de saliva, que se limpió con cuidado.

—Es hembra. Se llama Morrigan —dijo Blackburn—. Acércate, le gusta conocer gente nueva.

Cale vaciló, pero al fin se adelantó un par de pasos. Todavía estaba asustado, pero no quería que Blackburn lo supiera.

—¿Morrigan? —dijo.

Blackburn asintió.

—Es un antiguo nombre de la Tierra. Significa algo así como «Reina de los demonios». Que es en lo que seguramente se convierte cuando está enfadada. Frótle el cuello. Eso le gusta.

Cale acercó la mano vacilante. Tenía que extender el brazo para que llegar a la altura del cuello. El grueso abrigo era más suave de lo que había imaginado. El músculo que había debajo era cálido pero firme, y al tocarlo se apreciaba que se movía nerviosamente. El animal agachó la cabeza, le empujó la ceja y luego le mordisqueó el pelo. El aliento del carretero era caliente y húmedo y casi dulce, un olor extrañamente reconfortante.

Morrigan resopló y pateó con la pezuña, y Cale retrocedió. Observó al carretero, pero como no hacía ningún otro movimiento amenazador se giró hacia Blackburn.

—¿Qué misterio ocultas? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie quiere hablar sobre ti. Nadie quiere contarme por qué estás aquí o por cuánto tiempo. Pero he visto gente que va a casa de Dextram a verte. —Vaciló—. Van, pero... pero no les gustas.

Blackburn sonrió ligeramente.

—No, así es. No les gusto, pero se disgustarían muchísimo si me marchara ahora mismo o si nunca regresara.

—¿Por qué?

—Tengo cosas que ellos quieren. Cosas que necesitan.

—¿Qué cosas? —preguntó Cale.

Pero Blackburn solo movió otra vez la cabeza.

—No hace falta que lo sepas. Tendrás mucho tiempo en tu vida para descubrir los aspectos más depravados de la condición humana. No hace falta adelantarse. —Miró a Walker, luego se volvió a Cale de nuevo—. Hablaremos otra vez —dijo.

Cale asintió, pero no dijo nada. Observó a Blackburn alejarse y luego subir resuelto por la duna y detenerse junto a Walker. Morrigan resoplaba y sacudía la cabeza. Blackburn se agachó para acercarse al hombre y movió los labios. Walker guiñó el ojo izquierdo, pero no dijo nada. Blackburn asintió una vez y luego prosiguió su camino, descendiendo por el otro extremo de la duna hasta desaparecer. Walker permaneció en lo alto de la duna baja unos minutos, mirando a Cale, y después también él se volvió y se marchó. Cale cogió otro puñado de conchas.

Tres noches después, justo después de la cena, Blackburn se detuvo junto a la cabaña y le pidió que lo acompañara a la taberna de la aldea. Cale rechazó la invitación, pero Blackburn insistió, sonriendo a Marta y a Walker.

—El chico necesita liberarse de vez en cuando —dijo. Ni Marta ni Walker le devolvieron la sonrisa ni dijeron una sola palabra.

Fuera, el aire era fresco y claro y las estrellas brillaban fuertes, cristalinas. Cale se cerró el abrigo y metió las manos en los bolsillos.

—Una noche preciosa —dijo Blackburn—. El otoño ya ha llegado, y se acerca el invierno. —Suspiró—. Va a ser un invierno terrible.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto los augurios —respondió Blackburn con una sonrisa que enseguida desapareció—. No presagiaban nada bueno. Será terrible y frío, y violentas tormentas azotarán la tierra.

Cuando pasaron junto a la casa de Aglaia, Cale miró hacia su ventana, pero estaba oscuro, con las cortinas echadas. Se dio cuenta de que no la había visto desde la llegada de Blackburn.

—¿Qué haces durante el invierno? —preguntó—. ¿Sigues viajando?

—Mientras puedo —contestó Blackburn—. Pero cuando llegan las peores tormentas nadie debería quedarse al raso. Tengo que ir a varios sitios. Al final depende de dónde esté y qué clase de compañía quiera en las siguientes semanas.

En el otro extremo del pueblo estaba la taberna, un edificio de piedra con dos enormes hogares; el humo se elevaba por ambas chimeneas. Una luz naranja parpadeaba en las ventanas bajas. Cale solo había estado dentro una vez, poco después de llegar a aquel lugar; desde entonces no se lo habían permitido.

—Me vas a causar problemas —dijo Cale.

Esta vez Blackburn no respondió a la queja de Cale excepto para abrir la puerta de la taberna y empujarlo dentro. Un calor espeso y pesado abrumó a Cale por un momento, mareándolo. Blackburn lo estabilizó, riendo entre dientes. Diez o doce hombres y mujeres se sentaban en las mesas por toda la gran habitación, la mayoría mirando fijamente a los dos recién llegados. Silencio. El crepitar de los dos fuegos y alguien tosiendo. El roce de una bota. El olor del humo procedente de la madera, el tabaco y el aceite de quemar, y el leve aroma de la malta y la levadura. Una tensión en el aire, la sensación de que algo iba a pasar. Alguien empezó a hablar con sus compañeros y la gente volvió a sus bebidas y a sus conversaciones, pero la tensión no desapareció.

Blackburn condujo a Cale a una mesa en la esquina, cerca del fuego menor. Hizo un gesto a Cerdo, el dueño de la taberna, y levantó dos dedos. Cerdo entornó los ojos y se rascó el codo. Era un hombre gordo con la cara redonda, de piel esponjosa y moteada. Se volvió hacia un gran barril, sacó dos jarras de bebida y se las llevó a la mesa. Cuando Blackburn intentó pagar, Cerdo se negó a aceptar vales para trueques ni monedas.

—Ya sabes que bebas gratis —dijo Cerdo frunciendo el ceño.

—Pagaré lo de Cale.

Cerdo bajó la mirada al suelo, negó con la cabeza y se alejó.

Cale miró su bebida. El vapor se elevaba de la gruesa y rojiza espuma.

—¿Qué es esto?

—Oh, una especie de ponche de leche fuerte. ¿No has estado aquí antes?

—No para beber.

—¿Has bebido alcohol alguna vez?

—Solo una vez.

Cuatro años antes, Petros le había obligado a beber un vaso tras otro del vino que había hecho el clan. Estaban celebrando algo por la noche a la orilla del lago, con fogatas encendidas, todo el mundo borracho, Tanya y Zarra haciendo sonar los tambores y proporcionando un ritmo para que la gente bailara. Petros había hecho beber a Cale hasta que las llamas saltarinas y los rostros y los brazos que se agitaban dieron vueltas a su alrededor, y luego los demás lo obligaron a bailar, empujándolo en círculos, sosteniéndolo en pie cuando no podía él solo. Únicamente cuando empezó a vomitar lo dejaron tranquilo. Mucho más tarde, Mosca, el hermano de Petros, fue a su cama e intentó forzarlo. Afortunadamente, Mosca estaba tan borracho que apenas podía controlar sus extremidades, y Cale estaba lo suficientemente sobrio como para luchar, arañando y mordiendo a Mosca hasta que el hombre cayó hacia atrás y Cale escapó en la noche. Al día siguiente, Mosca azotó a Cale con una cuerda hasta que tuvo la espalda llena de sangre.

—Bebe —dijo Blackburn.

Cale dio un sorbo a la bebida. Estaba caliente, dulce y amarga a la vez. Sintió un agrio burbujeo en la lengua y luego otra clase de calor le recorrió la garganta hacia abajo, hacia el estómago. Bebió otra vez.

Cuando empezaron sus segundas jarras, Cale ya se sentía mareado, pero lleno de un adormecido consuelo y una sensación de satisfacción. Observó las llamas de la chimenea, concentrado en el profundo brillo naranja y carmesí de la madera y las brasas bajo el hogar.

—No hablas mucho —dijo Blackburn.

Cale lo miró, pero no respondió más que con un encogimiento de hombros.

—No dices mucho y no desvelas demasiado sobre ti — continuó Blackburn—. A veces eso indica pensamientos profundos. Una inteligencia tranquila, pero cauta y cuidadosa. — Blackburn hizo una pausa—. Y a veces indica estupidez. —Ladeó la cabeza—. ¿Cuál es tu caso?

Aun así, Cale no contestó. Dio un largo trago.

—Creo que lo sé —dijo Blackburn.

—Crees que sabes muchas cosas —dijo Cale.

—Sé más que la mayoría de la gente de este mundo miserable. Sé más que los ignorantes bastardos de esta aldea dejada de la mano de Dios. Pero también reconozco lo poco que es eso, cuánto más queda por saber y por aprender. Que es por lo que estoy en este planeta estancado en lugar de en un mundo más civilizado, o viajando entre las estrellas.

—No comprendo.

—Todavía estoy aprendiendo, especialmente acerca de los seres humanos, y este es mejor lugar para ello. Por ahora. Se oculta menos que con el barniz de la civilización.

Cale seguía sin entender por completo, y no estaba seguro de que lo poco que sí comprendía tuviera sentido, pero no dijo nada.

—Te he dicho en una ocasión anterior que aquí eres poco más que un esclavo —le recordó Blackburn—. Y que eso es todo lo que serías jamás si te quedabas.

—Lo recuerdo.

—Eres mejor que eso.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Cale—. Quizá solo sirvo para esto. Blackburn negó con la cabeza.

—Vente conmigo —dijo.

Cale ladeó la cabeza y el movimiento lo mareó.

—¿Qué quieres decir?

—Me marcho dentro de un par de días. Vendrás conmigo.

—No me dejarán ir.

Blackburn asintió.

—Por eso tienes que venir conmigo. Probablemente no intentarían detenernos, pero nos iremos de noche. Hay sitio en Morrigan.

Era tentador. Pero también daba miedo. Cale no tenía tanto miedo de los aldeanos como de algo en Blackburn. No sabía lo que era, pero sabía que le daba miedo. También estaba pensando en Aglaia.

—Me ofrecieron que te comprara —añadió Blackburn.

—Pero no me quieres para nada.

Blackburn negó con la cabeza firmemente.

—No quiero nada de ti. Solo quiero ayudarte.

Cale bebió de nuevo, acabando la jarra. Recibió con alegría el cálido tamborileo que le recorrió las extremidades, la pesadez. Quería tumbarse enfrente del fuego, cerrar los ojos, regodearse en el calor. Quería a Aglaia a su lado, quería poder extender su mano y ponerla sobre la suya.

—Creo que me quedaré aquí —dijo Cale al final.

Blackburn se lo quedó mirando fijamente. Por fin asintió.

—Ahora veo que es más difícil para ti de lo que había pensado. Pero algún día decidirás que no tienes elección. Que tienes que salir de este lugar o morirás. —Luego ladeó la cabeza, como si se estuviera dando cuenta de algo—. No entiendes por qué vive aquí la mayoría de la gente, ¿verdad? Aquí, en condiciones primitivas, alejados de los pueblos y las ciudades. No te das cuenta de que la mayoría no tiene elección, ¿verdad? —Cale se encogió de hombros, y Blackburn continuó—. Sí, eso explica mucho. Yo estoy aquí por elección. Puedo volver en cualquier momento. La mayoría de la gente de aquí no puede.

—¿Volver a dónde? —preguntó Cale.

—Al otro lado de la Línea Divisoria.

—La Línea Divisoria —dijo él sin preguntar.

Blackburn asintió.

—No es exacto, pero así llaman. Una división es una cresta de tierra alta, como una cordillera, una barrera entre dos zonas. La Línea Divisoria también es una barrera, pero es lo contrario a una cresta: se trata de una vasta brecha increíblemente profunda que divide este continente de un extremo a otro. Una gran grieta en la tierra. Esta parte del continente, al oeste de la Línea Divisoria, es una cárcel. Los peores criminales de Lucero del Alba y otras partes del continente oriental son exiliados al otro lado de la Línea Divisoria.

Asesinos, violadores, hombres y mujeres con múltiples condenas por asalto y otros crímenes violentos. Disidentes políticos. Gente problemática que no cambia. Traficantes de drogas que no son ejecutivos de los consorcios farmacéuticos. Y la lista continúa.

»Los mandan al otro lado con casi nada —prosiguió—. Ropa, comida y herramientas rudimentarias. Nada de tecnología avanzada. Nada de armas. El espacio aéreo es vigilado rigurosamente para que no haya vuelos al otro lado, y hay una gran seguridad en los puentes de la línea. Las autoridades son muy concienzudas. A quienes no son prisioneros se les permite cruzar a este lado, ir y venir, aunque no mucha gente quiere hacerlo. Comerciantes, principalmente.

—Como tú.

—Como yo. Se ha ido estableciendo un mercado con los años. Una red más o menos legal, y también otra ilegal. Hay contrabando a través de la Línea Divisoria. Y hay demanda de bienes que solo existen aquí. Hay plantas que crecen salvajes en este lado del continente, minerales valiosos. Alimentos exóticos, sobre todo acuáticos.

Cale pensó en todo el marisco que había abierto y limpiado, y se preguntó qué tenía de especial. Por lo visto, algo: el marisco limpio era procesado y envasado en pequeños recipientes que se llevaban los comerciantes.

—Se han construido dos puentes a través de la Línea Divisoria, y son auténticas maravillas, como sin duda verás algún día. El único camino de vuelta al este para salir de este sucio agujero, hacia Lucero del Alba o cualquiera de los demás pueblos o asentamientos, es por los puentes. Pero para cruzarlos, debes pasar las pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Análisis genéticos. Las autoridades mantienen los registros genéticos de todos los exiliados al oeste. La primera generación de descendientes, así como los propios exiliados, tienen prohibido cruzar. Los descendientes de segunda generación pueden regresar a la «civilización» si así lo desean. —Hizo una pausa—. No sabes lo que es un análisis genético, ¿verdad?

—No —dijo Cale.

—Bueno, no puedo explicártelo. Pero te rascan un poco de piel, te cogen un poco de pelo y sangre, y lo analizan. Pueden decirte si eres un prisionero enviado al oeste o un descendiente de un prisionero, y de qué generación.

—¿Qué pasa si no eres descendiente de ningún exiliado? —preguntó Cale.

—¿Sabes que no lo eres? —preguntó el hombre a su vez.

Cale se encogió de hombros como única respuesta. Blackburn sonrió taimadamente.

—De hecho, no eres de este mundo, ¿verdad?

Cale, de nuevo, no respondió.

—Aquí tienes un consejo —dijo Blackburn—. Cuando por fin te marches, dirígete al este. Cuando llegues a la Línea Divisoria, si encuentras a alguien cerca, pregúntale en qué dirección está el puente más cercano. Si no encuentras a nadie, dirígete hacia el sur. Encuentra un puente y crúzalo.

—¿Qué es lo que encontraré? —preguntó Cale.

—Lugares mejores que este, eso seguro. —Blackburn bajó la mirada hacia su propia jarra vacía—. Lugares mejores que este. —Se volvió hacia Cerdo y le hizo un gesto para que trajera dos bebidas más.

Dos días después, Cale se encontraba en pie junto a una barca destrozada que estaba desguazando para recuperar partes, y vio a Blackburn marcharse. Montaba a horcajadas erguido sobre el carretero, y la gran bestia llevaba también la cabeza alta y rígida mientras pasaban entre dos filas de aldeanos que los observaban con envidia y resentimiento. Cale esperaba que Blackburn lo mirara, pero el hombre no volvió la vista ni una sola vez. Blackburn y Morigan siguieron cabalgando hacia el extremo norte de la aldea, y luego a lo largo de la orilla del lago. Justo tras pasar el último embarcadero, Blackburn giró el carretero apartándolo del agua. Se internaron entre los árboles y desaparecieron.